

Arthur Conan Doyle

# El archivo de Sherlock Holmes



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Case-Book of Sherlock Holmes*  
Traducción: Juan Manuel Ibeas Delgado

Primera edición: 2005  
Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Juan Manuel Ibeas Delgado, cedida por Grupo Anaya, S. A.  
© Alianza Editorial S. A., Madrid, 2005, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-794-0  
Depósito legal: M. 12.633-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Presentación
- 11 La aventura del cliente ilustre
- 50 La aventura del soldado de la piel descolorida
- 80 La aventura de la piedra de Mazarino
- 105 La aventura de Los Tres Frontones
- 130 La aventura del vampiro de Sussex
- 155 La aventura de los tres Garrideb
- 180 El problema del puente de Thor
- 217 La aventura del hombre que se arrastraba
- 248 La aventura de la melena de león
- 277 La aventura de la inquilina del velo
- 295 La aventura de Shoscombe Old Place
- 320 La aventura del fabricante de colores retirado



# Presentación

Los amigos del señor Sherlock Holmes se alegrarán de saber que sigue vivo y con buena salud, aparte de algunos ataques de reuma que de vez en cuando le dejan postrado. Lleva bastantes años viviendo en una casita de campo de los Lowlands del Sudeste, a unos ocho kilómetros de Eastbourne, donde reparte sus horas entre la filosofía y la apicultura. Durante este período de retiro ha rechazado las más generosas ofertas para que se hiciera cargo de varios casos, ya que está decidido a que su retiro sea definitivo. Sin embargo, la inminencia de la guerra con Alemania le decidió a poner a disposición del Gobierno su extraordinaria combinación de dotes intelectuales y prácticas, con resultados históricos que se relatan en *El último saludo*. Para completar este volumen he añadido a la narración citada varios casos que llevaban mucho tiempo durmiendo en mis archivos.

John H. Watson, M. D.<sup>1</sup>

1. *Medicine Doctor*, es decir, «doctor en Medicina».



# La aventura del cliente ilustre

«Ahora ya no puede causar ningún daño», fue la respuesta de Sherlock Holmes cuando, por décima vez en otros tantos años, le pedí permiso para sacar a la luz el relato que sigue. Y así conseguí, por fin, su autorización para dar a conocer el que, en cierto sentido, constituyó el momento culminante de la carrera de mi amigo.

Tanto Holmes como yo sentíamos debilidad por los baños turcos. Fumando un cigarro en la placentera relajación de la sala de secado, me parecía menos reticente y más humano que en ningún otro lugar. En el piso alto de los baños de Northumberland Avenue hay un rincón apartado, con dos literas una al lado de otra, y en ellas estábamos tumbados el 3 de septiembre de 1902, el día en que da comienzo mi relato. Yo le había preguntado si tenía algún asunto entre manos, y él, a manera de respuesta, sacó su largo, delgado y nervioso brazo de entre las sábanas que lo envolvían y extrajo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta que tenía colgada a su lado.

–Lo mismo puede tratarse de un idiota engreído que se da demasiada importancia que de un asunto de vida o muerte –dijo pasándome la carta–. No sé más que lo que me dice el mensaje.

Procedía del Carlton Club y estaba fechada la noche anterior. Decía lo siguiente:

«Sir James Damery presenta sus respetos al señor Sherlock Holmes y pasará a visitarlo mañana a las 4:30. Sir James me ruega que diga que el asunto acerca del cual desea consultar al señor Holmes es muy delicado y también muy importante. Así pues, confía en que el señor Holmes hará todo lo posible por llevar a efecto la entrevista, y en que la confirmará llamando por teléfono al Carlton Club».

–Ni que decir tiene que la he confirmado, Watson –dijo Holmes mientras yo le devolvía el papel–. ¿Sabe usted algo de este Damery?

–Solamente que su nombre es muy conocido en la alta sociedad.

–Pues yo puedo decirle algo más. Tiene fama de especializarse en arreglar asuntos delicados que deben mantenerse a espaldas de la prensa. Tal vez recuerde usted sus negociaciones con sir George Lewis en el caso del testamento de Hammerford. Es un hombre de mundo con un talento natural para la diplomacia. Así pues, debo suponer que no se trata de una falsa alarma y que tiene verdadera necesidad de nuestra ayuda.

–¿Nuestra?

–Bueno, si fuera usted tan amable, Watson.



–Será un honor.

–En tal caso, ya sabe la hora: las cuatro y media. Hasta entonces, podemos dejar de pensar en el asunto.

Por entonces, yo vivía en un apartamento propio en Queen Anne Street, pero me presenté en Baker Street antes de la hora convenida. A las cuatro y media en punto, nos fue anunciado el coronel sir James Damery. No creo que sea necesario describirlo, ya que muchos de ustedes recordarán a aquel personaje voluminoso, exuberante y honesto, aquel rostro ancho y bien afeitado y, sobre todo, aquella voz cálida y agradable. En sus ojos grises de irlandés brillaba la franqueza, y su buen humor se reflejaba en sus labios inquietos y sonrientes. Su lustroso sombrero de copa, su levita negra y, en general, todos los detalles, desde el alfiler de perla que sujetaba su corbata negra de raso hasta las polainas de color lavanda que cubrían sus zapatos de charol, pregonaban el meticoloso cuidado en el vestir que le había hecho famoso. El corpulento y arrollador aristócrata dominaba la pequeña habitación.

–Naturalmente, ya esperaba encontrar aquí al doctor Watson –comentó con una cortés reverencia–. Es muy posible que su ayuda resulte necesaria, ya que en esta ocasión, señor Holmes, tendremos que vérnoslas con un individuo familiarizado con la violencia y que, literalmente, no se detendrá ante nada ni ante nadie. Estoy por decir que se trata del hombre más peligroso de Europa.

–Ya he tenido varios adversarios a los que se ha aplicado ese halagador título –dijo Holmes con una sonrisa–.

¿Fuma usted? Entonces, tendrá que perdonarme que encienda mi pipa. Si ese hombre suyo es más peligroso que el difunto profesor Moriarty, o que el aún vivo coronel Sebastian Moran, creo que valdrá la pena conocerlo. ¿Puedo preguntar su nombre?

—¿Ha oído usted hablar del barón Gruner?

—¿Se refiere al asesino austriaco?

Sir James se echó a reír, levantando las manos enfundadas en guantes de cabritilla.

—¡No se le escapa nada, señor Holmes! ¡Es fantástico!

¿Así que ya lo tenía usted catalogado como asesino?

—Mi trabajo me obliga a estar al corriente de los detalles del mundo del crimen en el continente. ¿Quién que haya leído lo que ocurrió en Praga puede tener alguna duda acerca de su culpabilidad? Si se salvó, fue tan solo por un tecnicismo legal y por la sospechosa muerte de un testigo. Estoy tan convencido de que él mató a su esposa en aquel supuesto «accidente» en el paso de Splügen como si lo hubiera visto con mis propios ojos. También estaba enterado de que había venido a Inglaterra, y tenía el presentimiento de que, tarde o temprano, me daría algún trabajo. Veamos: ¿en qué anda metido el barón Gruner? Supongo que no habrá vuelto a removerse esta vieja tragedia.

—No, se trata de algo más grave. Castigar un crimen es importante, pero impedirlo lo es aún más. Es algo terrible, señor Holmes, ver cómo se prepara ante tus propios ojos un acto espantoso, una situación atroz, darse perfecta cuenta de adónde conducirá todo ello, y aun así ser completamente incapaz de evitarlo. ¿Puede un ser humano verse en una situación más angustiosa?

—Puede que no.

–En tal caso, sentirá usted simpatía por el cliente en cuyo nombre actúo.

–No sabía que era usted un simple intermediario. ¿Quién es el interesado?

–Señor Holmes, debo rogarle que no insista en esta pregunta. Es muy importante que yo pueda garantizarle al cliente que su ilustre apellido no ha salido a relucir en modo alguno en este asunto. Sus motivos son honorables y caballerosos en sumo grado, pero prefiere mantenerse en el anonimato. No hace falta que le diga que sus honorarios están garantizados y que podrá usted actuar con absoluta libertad. ¿No cree que el verdadero nombre del cliente carece de importancia?

–Lo siento –dijo Holmes–. Estoy acostumbrado a que un extremo de mis casos esté envuelto en el misterio, pero que lo estén los dos me resulta demasiado lioso. Me temo, sir James, que tendré que rechazar su caso.

Nuestro visitante se mostró muy disgustado. La inquietud y la decepción ensombrecieron su rostro ancho y expresivo.

–Señor Holmes, no creo que se dé usted cuenta del alcance de su decisión –dijo–. Me coloca usted en un grave dilema, porque estoy completamente seguro de que se sentiría orgulloso de aceptar el caso si yo pudiera darle esos detalles; y sin embargo, una promesa me impide revelárselos. ¿Podría, por lo menos, exponerle todo lo que me está permitido decir?

–Desde luego, siempre que quede bien claro que no me comprometo a nada.

–Comprendido. En primer lugar, sin duda habrá usted oído hablar del general de Merville.

—¿De Merville, el del paso de Khyber<sup>1</sup>? Sí, he oído hablar de él.

—El general tiene una hija, Violet de Merville: joven, rica, hermosa, educada, una mujer maravillosa en todos los aspectos. Y es a esta hija, a esta muchacha adorable e inocente, a la que estamos tratando de salvar de las garras de un monstruo.

—¿O sea, que el barón Gruner tiene algún poder sobre ella?

—El más fuerte de todos los poderes cuando se trata de una mujer: el poder del amor. Ese hombre, como quizá sepa usted, es extraordinariamente atractivo, con unos modales fascinantes, una voz acariciadora y ese aire romántico y misterioso que tanto gusta a las mujeres. Se dice que no hay ninguna que se le resista, y que ha sabido sacar abundante provecho de ello.

—Pero ¿cómo un hombre así ha podido entablar trato con una dama de la categoría de la señorita Violet de Merville?

—Fue durante un viaje en yate por el Mediterráneo. Los participantes, aunque eran gente selecta, habían pagado su pasaje. Seguramente, los organizadores no se dieron cuenta de la verdadera personalidad del barón hasta que ya era demasiado tarde. El muy canalla se pegó a la señorita, con tal eficacia que se ganó su corazón de manera total y absoluta. Decir que ella lo ama es decir poco. Está loca por él, obsesionada por él, para ella no existe nada en

1. El paso de Khyber, o de Jaybar, es un desfiladero que une el valle del río Kabul, en Afganistán, con Pakistán; fue el escenario de una matanza en el ejército británico por los afganos en 1842.

el mundo aparte de él. Se niega a escuchar una sola palabra en su contra. Se ha intentado todo para curarla de su locura, pero en vano. En pocas palabras, se propone casarse con él el mes que viene. Y puesto que es mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, resulta difícil encontrar la manera de impedirselo.

—¿Está ella enterada del suceso de Austria?

—Ese demonio astuto le ha contado todos los repugnantes escándalos de su vida pasada, pero siempre de manera que él aparece como un mártir inocente. Y ella acepta su versión incondicionalmente, negándose a escuchar otra diferente.

—¡Vaya por Dios! Pero me parece que, sin querer, ha revelado usted el nombre de su cliente. ¿No es el general De Merville?

Nuestro visitante se agitó nervioso en su asiento.

—Podría intentar despistarle diciendo que sí, señor Holmes, pero faltaría a la verdad. De Merville está destrozado. Este incidente ha desmoralizado por completo al valeroso soldado. Ha perdido el temple que nunca le faltó en el campo de batalla, y se ha convertido en un anciano débil y tembloroso, completamente incapaz de enfrentarse a un granuja brillante y vigoroso como este austriaco. Mi cliente, sin embargo, es un viejo amigo, que conoce íntimamente al general desde hace muchos años y que viene sintiendo un interés paternal por la muchacha desde que esta llevaba vestiditos cortos. Se niega a ver cómo se consuma esta tragedia sin hacer algún intento para impedirla. No hay nada que Scotland Yard pueda hacer. Así que mi cliente sugirió recurrir a usted, pero, como ya le he dicho, con la expresa condi-

ción de que él no apareciese personalmente involucrado en el asunto. Estoy convencido, señor Holmes, de que, con sus grandes facultades, le sería fácil seguir mi pista y averiguar la identidad de mi cliente, pero debo pedirle como cuestión de honor que se abstenga de hacerlo y no quebrante su incógnito.

Holmes exhibió una curiosa sonrisa.

—Creo que puedo prometerle eso —dijo—. Y puedo añadir que su problema me interesa y que estoy dispuesto a echarle un vistazo. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

—Puede localizarme por medio del Carlton Club. Pero en caso de emergencia, hay un teléfono para llamadas privadas: «XX.31».

Holmes lo anotó y se sentó sin dejar de sonreír, con la agenda abierta sobre sus rodillas.

—¿La dirección actual del barón, por favor?

—Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es una casa grande. Ha tenido suerte en unas especulaciones bastante dudosas y es hombre rico, lo cual, naturalmente, lo convierte en un adversario aún más peligroso.

—¿Está ahora en su casa?

—Sí.

—Aparte de lo que ya me ha contado, ¿qué más puede decirme acerca de este hombre?

—Tiene gustos caros. Es aficionado a los caballos. Durante una breve temporada, jugó al polo en Hurlingham, pero luego se empezó a hablar del asunto de Praga y tuvo que marcharse. Colecciona libros y cuadros. Es un hombre con grandes tendencias artísticas. Tengo entendido que es toda una autoridad en cerámica china y que ha escrito un libro sobre el tema.

—Una personalidad compleja —dijo Holmes—. Todos los grandes criminales la poseen. Mi viejo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainewright era un artista de categoría<sup>2</sup>. Y podría citar muchos más. Bien, sir James, puede usted informar a su cliente de que prestaré atención al barón Gruner. No puedo decirle más. Dispongo de mis propias fuentes de información y me atrevo a decir que encontraremos la manera de abordar el asunto.

Cuando nuestro visitante se hubo marchado, Holmes permaneció sentado y sumido en profundas reflexiones durante tanto tiempo que llegué a creer que se había olvidado de mi presencia. Pero por fin volvió de golpe a la tierra.

—Bien, Watson, ¿alguna opinión?

—Yo creo que lo mejor sería ver a la joven en persona.

—Querido Watson, si su anciano y afligido padre no ha podido influir en ella, ¿qué voy a conseguir yo, que soy un extraño? Aun así, si todo lo demás falla, podríamos probar por ese lado. Pero me parece que debemos empezar desde un ángulo diferente. Me da la impresión de que Shinwell Johnson podría sernos útil.

Aún no he tenido ocasión de mencionar a Shinwell Johnson en estas crónicas, porque muy pocos de los casos que he relatado corresponden a las últimas etapas de la carrera de mi amigo. Pero durante los primeros años del siglo

2. Charles Peace, actor, inventor, virtuoso del violín, ladrón y asesino, tuvo en jaque durante años a la justicia inglesa. Thomas Griffiths Wainewright, envenenador de alto sentido estético, asesinó a varias personas, entre ellas a una muchacha «porque tenía los tobillos demasiado gruesos».

se convirtió en un colaborador muy valioso. Johnson —lamento tener que decirlo— comenzó por adquirir fama como delincuente muy peligroso, y cumplió dos condenas en Parkhurst. Pero después se arrepintió y se alió con Holmes, actuando como agente suyo en los bajos fondos de Londres y obteniendo informaciones que muchas veces resultaron de vital importancia. Si Johnson hubiera sido un confidente de la policía, no habrían tardado en descubrirlo, pero como se ocupaba de casos que nunca desembocaban directamente en los tribunales, sus compañeros jamás se dieron cuenta de sus actividades. Con el prestigio que le daban sus dos condenas, tenía acceso libre a todos los clubes nocturnos, prostíbulos y garitos de juego de Londres, y sus dotes de observación y su agilidad mental lo convertían en un agente ideal para obtener información. Este era el hombre al que Sherlock Holmes se proponía recurrir.

No me resultó posible seguir de cerca los primeros pasos que dio mi amigo, pues me lo impidieron mis propios y urgentes asuntos profesionales, pero aquella misma noche quedamos citados y nos reunimos en Simpson's, donde, sentados ante una mesita junto al ventanal y mientras contemplábamos el bullicioso ajeteo del Strand, Holmes me contó parte de lo sucedido.

—Johnson está al acecho —dijo—. Puede que encuentre algo de basura en los más oscuros recovecos de los bajos fondos, pues allí, entre las negras raíces del crimen, debemos buscar los secretos de nuestro hombre.

—Pero, si la dama no acepta lo que ya se sabe, ¿por qué iba a desviarla de sus propósitos cualquier cosa nueva que usted pueda descubrir?



—¿Quién sabe, Watson? El corazón y la mente de la mujer son enigmas insolubles para el hombre. Puede perdonar o disculpar un asesinato y, sin embargo, indignarse por cualquier pequeña falta. El barón Gruner me ha dicho...

—¿Cómo que *él* le ha dicho?

—¡Ah, claro, es que no le he contado a usted mis planes! Bueno, verá, Watson, me gusta estudiar de cerca a mi adversario. Me gusta mirarlo a los ojos y ver por mí mismo de qué pasta está hecho. Después de darle instrucciones a Johnson, tomé un coche hasta Kingston y encontré al barón de muy buen humor.

—¿Lo reconoció él?

—No tuvo ninguna dificultad, ya que le presenté mi tarjeta. Es un excelente adversario, frío como el hielo, de voz sedosa y acariciadora como la de un médico de moda y venenoso como una cobra. Tiene clase, es un verdadero aristócrata del crimen, con una fachada que parece sugerir una invitación a tomar el té y toda la crueldad de la tumba detrás. Sí, me alegra haberle prestado atención al barón Adelbert Gruner.

—¿Y dice usted que estuvo amable?

—Como un gato que cree haber visto ratones. La amabilidad de ciertas personas es más mortífera que la violencia de gentes más rudas. Su saludo ya fue característico: «Ya esperaba que nos encontraríamos tarde o temprano, señor Holmes —me dijo—. Sin duda, viene de parte del general de Merville, para intentar impedir mi boda con su hija Violet. ¿No es así?».

»Yo asentí, y él continuó: “Señor mío, lo único que va a conseguir es echar a perder su bien ganada reputación. No tiene ninguna posibilidad de salir triunfante en este

caso. Será un trabajo estéril, por no hablar de sus posibles peligros. Permítame aconsejarle de todo corazón que abandone de inmediato”.

»—Es curioso —respondí—, pero ese mismo consejo pretendía darle yo a usted. Respeto su inteligencia, barón, y lo poco que he visto de su personalidad no ha hecho disminuir mi respeto. Permita que le hable de hombre a hombre. Nadie quiere remover su pasado ni ocasionarle molestias innecesarias. Todo aquello acabó y ahora se encuentra usted en aguas tranquilas, pero, si insiste en este matrimonio, levantaré todo un enjambre de peligrosos enemigos que no le dejarán en paz hasta que Inglaterra se le haga insoportable. ¿Vale la pena? Créame, sería más prudente dejar en paz a la dama. No sería muy agradable para usted que ella llegara a enterarse de ciertos hechos de su pasado.

»El barón tiene bajo la nariz unos bigotillos engominados que parecen las antenas cortas de un insecto, y que tiemblan como divertidos al escucharme. Por fin, estalló en una risita suave.

»—Perdone que me ría, señor Holmes —dijo—, pero resulta muy gracioso ver cómo intenta jugar una baza sin tener cartas. Creo que nadie lo podría hacer mejor, pero aun así, resulta bastante patético. No tiene ni un triunfo, señor Holmes, solo cartas de las más bajas.

»—Eso cree usted.

»—Me consta. Permítame que le exponga las cosas claramente, ya que mis cartas son tan fuertes que puedo permitirme el lujo de enseñarlas. He tenido la suerte de ganarme por completo el amor de esta dama. Y lo he conseguido a pesar de haberle explicado con toda cla-

ridad los desdichados incidentes de mi vida pasada. También le dije que algunas personas malvadas e intrigantes –espero que se habrá dado por aludido– acudirían a ella para contarle estas cosas, y le indiqué cómo debía tratarlas. ¿Ha oído usted hablar de la sugestión posthipnótica, señor Holmes? Pues va a tener ocasión de comprobar cómo funciona, porque un hombre con personalidad puede emplear el hipnotismo sin necesidad de pases vulgares ni payasadas. Así que está preparada para recibirlo y no me cabe duda de que le concederá una entrevista, porque le gusta satisfacer los deseos de su padre... con la única excepción de este pequeño asuntillo.

»Bueno, Watson, me pareció que no quedaba más por decir, así que me despedí con toda la fría dignidad que pude reunir, pero, cuando ya tenía la mano en el picaporte de la puerta, él me detuvo.

»—Por cierto, señor Holmes –dijo—. ¿Conocía usted a Le Brun, el policía francés?

»—Sí –respondí.

»—¿Está enterado de lo que le ocurrió?

»—Oí que fue golpeado por unos apaches<sup>3</sup> en el distrito de Montmartre y que quedó inválido para toda la vida.

»—Exacto, señor Holmes. Y se da la curiosa coincidencia de que, tan solo una semana antes, había estado investigando en mis asuntos. No lo haga usted, señor Holmes. Trae muy mala suerte, y más de uno lo ha comprobado ya. Esto es lo último que le digo: siga usted por su camino y déjeme a mí seguir el mío. Adiós.

3. Los apaches eran los bandidos o salteadores de París y, por extensión, de las grandes poblaciones.

»Y eso es todo, Watson. Ya está usted al corriente.

–Parece un tipo peligroso.

–Muy peligroso. No me impresionan los fanfarrones, pero este hombre es de los que dicen mucho menos de lo que hacen.

–¿Es preciso que usted intervenga? ¿Importa mucho si se casa con la chica?

–Considerando que, sin duda alguna, asesinó a su última esposa, yo diría que sí importa mucho. ¡Y además está el cliente! Bueno, bueno, dejemos de discutir eso. Cuando haya usted terminado su café, lo mejor será que venga conmigo a casa, porque el eficaz Shinwell estará allí con su informe.

Efectivamente, allí lo encontramos: un hombre corpulento, tosco, de rostro colorado y aspecto de escorbútico, con un par de vivos ojos negros que constituían la única señal externa de la astutísima mente oculta en su interior. Por lo visto, se había zambullido a fondo en sus extraños dominios, y el resultado estaba sentado junto a él en el sofá, bajo la forma de una mujer delgada y frágil, con el rostro pálido y la expresión intensa, aún joven, pero tan consumida por el pecado y el sufrimiento que en su cara podían leerse los años terribles que habían dejado en ella su siniestra y repugnante marca.

–Esta es la señorita Kitty Winter –dijo Shinwell Johnson, con un gesto de su gruesa mano, a modo de presentación–. Lo que ella no sepa..., bueno, mejor será que hable por sí misma. Le eché el guante en menos de una hora, después de recibir su mensaje, señor Holmes.

–Soy fácil de encontrar –dijo la joven–. ¡Qué demonios, estoy siempre al alcance de la mano en el infierno

de Londres! Y lo mismo el *Gordo* Shinwell. Tú y yo somos viejos colegas, Gordo. Pero, qué rayos, si hubiera algo de justicia en este mundo, hay otro que debería estar en un infierno mucho peor que el nuestro. Y ese es el hombre que a usted le interesa, señor Holmes.

Holmes sonrió.

–Me parece que podemos contar con usted, señorita Winter.

–Si puedo ayudarle a ponerlo donde se merece, soy suya hasta el último suspiro –dijo nuestra visitante con feroz energía. El odio que se advertía en su cara pálida y en sus ojos llameantes era de una intensidad que pocos hombres o mujeres han llegado a alcanzar–. No necesita usted escharbar en mi pasado, señor Holmes. No viene al caso. Soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si yo pudiera hacerlo caer! –Gesticuló frenéticamente con las manos en el aire–. ¡Ay, si tan solo pudiera arrastrarlo al pozo donde él ha empujado a tantas!

–¿Está usted informada del asunto?

–El *Gordo* Shinwell me lo ha estado contando. Anda detrás de otra pobre tonta, y esta vez quiere casarse con ella. Usted quiere impedirlo. Muy bien, pero supongo que usted conoce lo suficiente a ese demonio como para advertir a cualquier chica decente y en su sano juicio que quiera vivir bajo el mismo techo que él.

–La chica no está en su sano juicio: está locamente enamorada. Lo sabe todo acerca de él, pero no le importa.

–¿Le han contado lo del asesinato?

–Sí.

–¡Dios, qué valor tiene la chica!

–Para ella no son más que calumnias.